

1999

Linternas de noche; Parten los trenes; La casa más antigua; Muerte del Generalísimo

María Rosa Lojo

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Lojo, María Rosa (Primavera-Otoño 1999) "Linternas de noche; Parten los trenes; La casa más antigua; Muerte del Generalísimo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 49, Article 82.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss49/82>

This Creación: Poesía is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

María Rosa Lojo

POEMAS EN PROSA

Linternas de noche

La noche perfora los andenes con punteras de hierro, con tacos de charol. Abre agujeros de metralla en las columnas mudas, con bocas peligrosas.

Tienen labios de engaño pintados en forma de corazones, tienen pieles de purpurina que parecen un cauce de constelación, tienen carteras de plástico brillante donde se guarda una infinita voracidad.

Avanzan muslos bajo la tela sajada como anticipaciones de navaja. El viento de los sótanos muestra planetas que ruedan como glúteos. Te esperan en el camino hacia los trenes, para atarte a su órbita con un relámpago de pelo de Medusa y desviarte de la ruta del orden.

Te desafían con los ojos helados, vacíos como espejos. Te provocan con cerebros abiertos, desprolijos, carnales como sexos.

Los pasajeros las usan para espantar el mal de la vida, se las colocan como máscaras negras para que la desdicha no les llegue a las vértebras, para que los pulmones no se quemen con la respiración de la ciudad. Feroces y volátiles, deshechas cada mañana como un encantamiento de princesa. El día les quita su capa de amenaza, les destiñe su maquillaje de alucinación.

La noche las va encendiendo para el pavor y para la delicia.

Putas de manos leves como linternas se alzan en tu desierto como la flor del cardo.

Parten los trenes

Parten los trenes, fríos y duros como rodantes cárceles, a veces.

Te parten trenes. Te parten trenes en tres en cuatro: ojos que se enganchan como vilanos en salientes de omóplatos de codos de caderas, te parten trenes, piernas que persiguen las piernas de los otros para pisar trepar al descanso final, al asiento de la pequeña muerte.

Te parten trenes los párpados cerrados, los oídos de música secreta. Te parten trenes tu boca de negación, tu cara sin orificios tapiada como un muro para que no te dañe la cara de los otros. Pordioseros armados con el derecho de su mano abierta. Ciegos que huelen el tintineo de las monedas.

Te atacan con canciones de piel oscura. Te lanzan en abismos de manos suplicantes, contra avalanchas de manos que rechazan. Te aplastan con paredes derrumbadas sobre tu vista en fuga.

Parten los trenes fríos, duros. Te parten en jirones como la tela vieja de los días y pegan tus fragmentos en los carteles rotos.

Te dejan en la ciudad donde tu vida es una casa quieta. Donde tu cama se mueve noche a noche por una vía en sombras, como un sueño en los ojos de los desconocidos.

La casa más antigua

No había nada en la ciudad futura, sólo pampa y estruendo en el lugar que ocupa la casa más antigua.

Donde subía la pared del Norte se derramaba el trueno. Sombras de perros cimarrones ladraban a la luna sobre los mosaicos de la sala de fiestas y corría una mujer a caballo, enredando sus trenzas con el viento. En los tobillos sonaban los cascabeles que matan la semilla de la fiebre, en las manos le iban creciendo las flores del buen parir. Pero la mujer miraba, más allá de sus ojos, paisajes inverosímiles: un bosque de casas tan altas como médanos, cruzadas por caminos rectangulares, largas cintas de luces que engañaban la oscuridad, y animales de pieles invulnerables, más veloces que el tigre de la llanura.

Y veía el reflejo de una mujer a caballo traspasando las puertas clausuradas de una casa en escombros, donde estaban brillando los huesos de sus muertos.

Todo esto pasó en la tierra de tu ciudad, cuando aún no existía la casa más antigua.

Muerte del Generalísimo

El Generalísimo se está muriendo de su muerte propia: ceremoniosa, cruelmente burocrática: una contaminación dilatada y perversa en las pantallas del mundo.

El padre mira la muerte del Generalísimo casi como el sabio que espera en el umbral a que pase el cadáver de su enemigo. Pero él nunca ha logrado cultivar la paciencia. Apenas un odio exuberante le crece por los ojos: una liana intrincada ya como una selva, que envuelve cada mueca, cada demora del otro en su renuncia.

A nadie se odia tan bien como a los compatriotas. A nadie con tan buenas razones. El padre guarda cuerpos acabados de fusilar que se pudren en el fondo de las pupilas, guarda violaciones de sangre fresca, guarda pañuelos de luto sobre la cara de mujeres muertas que vuelven en sus sueños.

Después de todo, la Historia hace justicia — se dice el padre — (no puede decir Dios, tampoco mentará al Destino). Y cierra los ojos que han vigilado hasta el último día del Generalísimo, y deja, por fin, que la liana de su odio ahora vencido, inútil, cubra dulcemente los cuerpos descompuestos y borre la cara de las mujeres con su piedad tardía.

El padre asiente, suspira, se relaja. Es casi feliz. Se recuesta sobre la tierra de su pasado, alisada, inocente como una loma tranquila. No sabe que la vida se le acaba junto con la desgarradura de las tumbas abiertas. No sabe que él también ha comenzado a morir con la muerte del Generalísimo.